

Territorios literarios y geografía humanística en la poesía de Luis Natera Mayor

*Literary Territories and Humanistic Geography
in the Poetry of Luis Natera Mayor*

Ramón Díaz Hernández
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
Departamento de Geografía
<http://orcid.org/0000-0003-1338-9046>
ramón-díaz@ulpgc.es

Recibido: 10-01-2017; Revisado: 16-06-2017; Aceptado: 05-07-2017

*Por el progreso de la inteligencia se unieron la ciencia
y la poesía compenetrándose cada vez más
Humboldt (1874-1875)*

*Llego a ti, tierra mía, para saberme tierra,
para aceptar ser tierra,
como es tierra mi carne
Jacobo Cortina (Lebrija, 1946)*

Resumen

El presente trabajo parte de una reflexión sobre la evolución epistemológica de la Geografía que intenta su «rehumanización» con la inclusión de todas las especies emocionales posibles, recurriendo a textos poéticos en la aproximación al análisis territorial. Este experimento ha permitido comprobar la coincidencia que existe entre imágenes colectivas y conocimientos geográficos que demuestran la capacidad de renovar el lenguaje y establecer asociaciones simbólicas más abiertas y creativas, corroborando la hipótesis de partida de que el análisis literario puede contribuir al conocimiento del territorio como forma de entender el universo a partir del espacio vivido y ahondar su dimensión afectiva.

Palabras clave: Conocimiento territorial, emoción, geografía, insularidad, literatura.

Abstract

The present study stems from some reflections on an epistemological development in geography, which attempts to 'rehumanize' the field by incorporating all possible sorts of emotional content, and turning to poetry as a way of approaching territorial analysis. This experiment confirms the correspondence between such collective images and geographic

knowledge as demonstrates language's capacity for renewal, establishing symbolic associations that are more open-ended and creative. This corroborates the study's working hypothesis that literary analysis can contribute to the knowledge of territory, as a way to understand the universe based on the lived environment and to deepen its affective dimensions.

Keywords: Territorial Knowledge, Emotion, Geography, Insularity, Literature.

1. INTRODUCCIÓN

A lo largo de las últimas décadas la Geografía ha mantenido intensas relaciones con numerosas disciplinas académicas, especialmente con las pertenecientes al campo de las ciencias sociales. Prueba de ello es que las principales líneas epistemológicas que actualmente atraen más la atención de los geógrafos teóricos (neopositivismo, ambientalismo, desigualdad espacial, movilidad, neohumanismo y altermundismo), sostienen vínculos privilegiados con ciertas ciencias, como las matemáticas, ciencias naturales, historia, arquitectura, urbanismo, antropología, sociología, psicología y economía. En este contexto interdisciplinar es donde se abre camino el enfoque del *espace vécu* (FRÉMONT, 1976) que ha determinado el nacimiento de propuestas relevantes en el campo de la percepción humana y del comportamiento, en donde prevalecen las apreciaciones subjetivas (es decir, las que atañen al gusto personal o al juicio valorativo) y que desempeñan un papel trascendental en contraposición a una quimérica objetividad planetaria. Las aportaciones más novedosas en este campo se pueden encontrar en las publicaciones de EDWARD RELPH,¹ YI-FU TUAN² Y ANNE BUTTIMER,³ entre otros muchos.

Frente al cientificismo exagerado (GARCÍA BALLESTEROS, 1992) que hace de la medición un fetiche y del dato concreto el último postulado insuperable, se impone la interpretación personal, la glosa emotiva y la libertad expresiva del esteticismo verbal en donde la sensibilidad y el sentido crítico ocupan el lugar hasta ahora invadido por un mecanicismo cuantitativista tenaz (DÍAZ-PLAJA, 1973). Para lograr una cosa así se hace preciso un mayor acercamiento de la geografía a la psicología y al conjunto de expresiones artísticas del quehacer creativo de los humanos como son la literatura, la pintura, la música o las artes escénicas. En el presente trabajo hemos escogido de entre todas las opciones posibles las relaciones que la expresión literaria tiene con el conocimiento geográfico siguiendo a Frémont cuando plantea «unir el trabajo del crítico literario con el del geógrafo para analizar textos en los cuales se complementan psicología individual, psicología social y psicología espacial».⁴ A ese respecto, ORTEGA CANTERO (1987: 50-51) señala que «conviene estudiar y entender las imágenes culturales..., de la naturaleza y del paisaje, las representaciones que de todo ello han propuesto los poetas y los narradores, los pintores o los viajeros (...) el conocimiento

1 Relph desarrolló en los años setenta una teoría fenomenológica en Geografía claramente visible en su obra póstuma *Place and Placelessness (Lugar y pérdida de lugar)*.

2 Para Yi-Fu Tuan el lugar es el cosmos, la percepción es el medio y la topofilia es el afecto humano intermediador de ambos elementos. Para este autor, el abordaje de los fenómenos geográficos es incompleto si no se tiene en consideración los aspectos perceptual, simbólico, valorativo y multisensorial del hombre.

3 Buttimer cree que el espacio está formado por el mundo vivido. Reivindica el enfoque fenomenológico como demostración del dinamismo del mundo vivido que depende de un proceso que va de la sociedad al espacio y viceversa.

4 «La littérature constitue à cet égard une air d'investigation d'une très grande qualité. Un roman met souvent en place un groupe, héros, famille, catégorie sociale, dans son environnement régional» (FRÉMONT, 1976: 80-81).

geográfico no es ajeno a ellas...». Añade CARRERAS (1992: 175) que «Las descripciones e interpretaciones literarias constituyen un elemento importante en la explicación de la realidad territorial y permiten avanzar en su comprensión». Otros destacados autores, como RIMBERT (1973), trataron en su día esta cuestión concluyendo que «...lo que el hombre de la ciudad espera, lo que él busca o de lo que huye, podemos conocerlo de manera a la vez sincera y sintética por intermedio del testimonio indirecto..., estos testigos son entre otros los escritores».⁵

Todo lo expuesto hasta aquí no nos resulta novedoso puesto que, en cierta medida, los geógrafos clásicos ya escribían sus textos de forma literaria, en base a una formación humanística muy profunda, para describir con todo lujo de detalles la realidad que pretendían explicar. Si alguna novedad puede encontrarse en todo este proceso es el descubrimiento sobre cómo modificar el comportamiento y encender las emociones en el sentido que nos desvela BERTRAND LEVY (2006: 1): «*L'amour de la littérature, c'est d'abord la transmission d'une passion, d'un flambeau qui électrise la personne, qui inspire des pensées et des actions plus élevées et plus radicales que celles où nous condamnons l'univers "bureautragique" (le terme est de Pablo Neruda) du quotidien*».

En el campo de estudio de la geografía cultural (que entiende la cultura como mediación entre las sociedades humanas y la naturaleza), el paisaje es un producto en donde se contempla la interrelación entre literatura y geografía, al igual que la interrelación con el cine o el arte pictórico (LÓPEZ TRIGAL, 2016). Es el caso de la narrativa en donde «... la intuición sutil de los novelistas nos ayuda a sentir el país (o el lugar) por los ojos de sus personajes y a través de sus emociones» (P. CLAVAL, 1995: 41). Mucho antes, BAILLY (1979) nos recordó que los novelistas esclarecen con sus discursos los valores y significados de la sociedad al tiempo que expresan mejor que nadie los mitos colectivos. Livingstone y Harrison atribuyen a los contenidos literarios una gran trascendencia toda vez que «cualquier intento para desarrollar una epistemología comprensiva de la geografía debe incorporar cierto entendimiento de sus apoyos metafóricos y mitológicos subyacentes».⁶

A estas consideraciones hay que agregar el recordatorio que en su día hizo DÍAZ-PLAJA (1973: 55-66) de que todavía está pendiente de revisión un tema que nos resolvería una serie de problemas interesantes: «... el estudio completo, riguroso, del sentimiento del paisaje en la literatura española». La devoción hacia el paisaje presenta, según este autor, características peculiares en cada época, tan interesantes y precisas que es posible a través de ellas conocer los postulados estéticos de un período literario determinado. Es posible señalar, añade, el clasicismo o el romanticismo de cada época, según que el paisaje sea un personaje o una decoración, una ausencia o lejanía, un símbolo o una fotografía. Pocos se atreven a negar el valor otorgado a la aportación que hace la literatura en calidez expresiva, fuerza descriptiva e intensidad emocional para el conocimiento geográfico. Pero hay distintas maneras de percibir el paisaje entre los escritores de todas las partes del mundo. Hay quienes se afanan en abrillantar el paisaje vivido como escenografía iluminada y hay quienes hablan del paisaje desde la lejanía sin percibirlo directamente o esmaltado por la nostalgia. En este último caso se diría que más que visión del paisaje se trataría de una memoria del paisaje.

Por ello conviene no perder de vista que en la poesía canaria contemporánea subsisten tendencias en donde el espacio geohistórico, idílico y real, se manifiesta

⁵ «*Sylvie Rimbert (le chapitre première) évoque des conceptions de la ville: celles des poètes et des touristes... La ville est d'abord présenté à travers les représentations qu'en ont le poète, l'artiste, l'historien, l'architecte... et le citoyen lui-même*».

⁶ En Furlani y Gutiérrez (1990).

a la vez en la descripción del paisaje insular idealizado, mítico o concreto, como añoranza de aquel primigenio paisaje edénico que ha sido transformado o destruido generando sentimientos de nostalgia, de destierro o de limitación de anhelos (DE LA NUEZ, 1986). Otra perspectiva nada desdeñable es la de la microterritorialidad que emerge como excepcionalidad y que viene a suponer una suerte de manifestación que opone la parte al todo, especialmente cuando el todo parece arrasarse con la memoria de los pequeños lugares soñados y de los espacios revividos mentalmente. Es algo que recoge muy bien LLAMAZARES (1987): *«El paisaje es memoria. Más allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que sólo existe ya como reflejo de sí mismo en la memoria del viajero o del que, simplemente, sigue fiel a ese paisaje»*.

2. METODOLOGIA Y PROCEDIMIENTOS

Este trabajo es un experimento que se sale de los cánones disciplinarios y se adentra en territorios no suficientemente mapeados. Trazar caminos entre disciplinas académicas tan dispares es, en cierta medida, incursionar por rutas poco frecuentadas sin cartas de navegación por lo que se hace oportuno advertirlo y señalar que se trata de una exploración tentativa sobre la que se debiera seguir profundizando.

Sin necesidad de abandonar métodos y técnicas de análisis riguroso y preciso como prerequisite indispensable y, por supuesto, como exigencia académica, la preocupación del geógrafo contemporáneo por recuperar la claridad, la amenidad y la calidad de las exposiciones orales y escritas debe incitar a la lectura de buena literatura para diversificar el lenguaje, ampliar el campo semántico, cultivar el gusto por explicar con precisión los fenómenos territoriales a través de descripciones bellas y sugestivas; en definitiva, para mejorar la técnica de la escritura y producir textos geográficos amenos y hermosos que refuercen el poder evocador hacia la diversidad espacial y el deleite por la geografía sin menoscabo de los ineludibles preceptos científicos (CARRERAS, 1992:168-169). Vistas las cosas así, la geografía y la literatura deben complementarse, en cuanto que, de una parte, ésta plantea una aproximación al espacio o al paisaje percibido, vivido o ensoñado por el escritor que narra en ocasiones textos descriptivos o explicativos de fenómenos geográficos, y, de otra parte, el territorio influye a menudo en la literatura que dispone así de una fuente de creación y de un contraste documentado (LÓPEZ TRIGAL, 2016). Interpretamos lo que se dice en el texto literario en función de cómo se dicen las cosas, y para ello realizamos una lectura lenta y atenta centrándonos en los elementos básicos de la obra siguiendo un esquema lógico: trama, temas, estilo, imaginación creativa, interpretación, significado, interrelación entre ficción y realidad, contexto y desciframiento de símbolos (EAGLETON, 2016).

Partiendo de estas consideraciones generales, hemos delimitado las posibilidades metodológicas de utilización de las representaciones literarias por parte de los geógrafos, recolectando aquellos recursos que permiten profundizar y mejorar en el análisis territorial a partir del uso de las fuentes literarias. La modalidad más simple es aquella que se limita a utilizar la literatura por su calidad expositiva como elemento demostrativo, ya sea para ampliar, reforzar, ilustrar o recrear sus descripciones espaciales tanto del presente como del pasado.

En segundo lugar, y siempre con profundidad creciente, al geógrafo le conviene dotarse del apoyo literario que se suele encontrar en las metáforas, las evocaciones espaciales y el manejo de las emociones invocadas que estén relacionadas con fenómenos geográficos concretos como recurso motivador.

Para ello elegimos un concepto geográfico: la tierra canaria en la poesía intimista de Luis Natera en virtud de que se trata del lugar en que se desarrolla nuestra labor docente e investigadora y del cual tenemos un conocimiento suficiente que posibilita interpretar profundamente las vivencias y las sutilezas que supone referirse subjetivamente a un espacio vivido. En este ámbito, el poeta nos cuenta su experiencia honda de la vida al tiempo que medita de manera directa y personal sobre la propia existencia ayudando a vivirla con mayor lucidez y conciencia. Desde la palabra y la imagen nos llama a admirar lo simple y lo llano, lo cotidiano, el paisaje y el paisanaje, reivindicando serenamente lo próximo y lo más familiar.

3. LA GEOGRAFÍA ANTE EL RETO DE ENTENDER EL MUNDO

Para comprender un experimento como el que abordamos en el presente trabajo es preciso que, a modo de estado de la cuestión, el lector centre su atención previamente en el largo y tortuoso recorrido que ha realizado la Geografía Humana desde sus comienzos fundacionales hasta el momento presente. En pocas palabras, la Geografía Humana se define como una disciplina social que se ha institucionalizado en nuestro sistema educativo con el encargo de estudiar, investigar y enseñar las sociedades humanas desde una óptica espacial, y la relación que existe entre estas sociedades y el medio físico en el que habitan, así como los paisajes culturales y las regiones que éstas mismas sociedades son capaces de configurar, transformar o construir.

Parte de la premisa de que el ser humano forma parte de agrupaciones sociales amplias y de que las sociedades son capaces de crear entornos sociales y físicos mediante procesos de transformación de sus propias estructuras e introducir en ellos cambios en la superficie terrestre en la que se asientan. La Geografía Humana, además, centra también su atención en la actividad humana como agente capaz de promover transformaciones económicas, políticas, culturales, demográficas, etc. cuyos resultados determinan a menudo desequilibrios territoriales y disparidades imperdonables en la distribución de la riqueza.

Los geógrafos clásicos, dotados de una sólida formación humanística, escribían en general cuidando mucho las formas literarias para describir las realidades espaciales que pretendían explicar. Uno de los padres de la moderna Geografía Humana fue el francés Paul Vidal de la Blache⁷ que vivió entre 1845 y 1918. Inicialmente se entregó a la práctica de la historia formando parte de la escuela de Michelet (1798-1874). Disponía de una buena formación literaria, conocía bien a los clásicos y era un científico social riguroso, además de estar dotado de una extraordinaria sensibilidad artística. En esos años era inconcebible un científico que careciera de aliento humanístico (poético, artístico, narrativo) para poder hacer inteligible la complejidad de un mundo en permanente proceso de transformación. En su madurez se hizo geógrafo en donde llegaría a sentar

⁷ Junto con otros geógrafos tan decisivos para la disciplina como Ritter, Ratzel, Reclus, Demangeon, Brunhes, Martonne, Sorre, Sauer, Broek, Deffontaines, Derruau, George, Claval...

las bases de la moderna Geografía Humana. Vidal de la Blache es hoy conocido como el fundador del posibilismo geográfico. Sus aportaciones más importantes al campo de la Geografía Humana fueron los conceptos de género de vida o modos de vida y el desarrollo del enfoque regional de la Geografía. Hizo suyo el lema *Natura non nisi parendo vincitur* que constituye un concepto de palpante actualidad en los círculos mesológicos.

El método geográfico propuesto y desarrollado por Vidal de la Blache es descriptivo y explicativo, presenta una impronta de claro carácter naturalista análogo al biológico y al ecológico. De ahí que la geografía posterior, siguiendo la estela fundacional, cultive la descripción más que las otras ciencias, pero sin renunciar a la explicación de las manifestaciones espaciales a las que se llega estudiando las relaciones entre los diferentes fenómenos, su encadenamiento y su evolución preceptuando la famosa síntesis geográfica. La descripción, pues, se erige en un relato esencial en la tarea de localizar los diversos órdenes de hechos y determinar con precisión la posición que ocupan y el área en que se extienden. Sin la palabra, sin el lenguaje no habría sido posible la geografía ni ninguna otra ciencia. El geógrafo, advierte Vidal de la Blache, debe observar atentamente lo que sucede a su alrededor y describir detalladamente lo que percibe con las palabras apropiadas, pero también con la ayuda de mapas, dibujos, fotografías, figuras esquemáticas, simulaciones, símbolos, comparaciones, empleo de la intuición, etc., porque la geografía, además de doctrina académica, también es formación e información. Sus trabajos geográficos fueron muy bien valorados en su época y siguen siendo de referencia obligada a pesar del paso de tiempo.

Sin embargo, estos precedentes netamente humanísticos no impidieron que la Geografía Humana entrara en una crisis de identidad y evolucionara hasta convertirse en una disciplina cuyas bases epistemológicas y ontológicas se vieron dominadas por el positivismo lógico. Desde entonces, su objetivo, en tanto que ciencia espacial, se sale de los cánones clásicos y se centra en la creación de leyes, modelos, patrones y teorías que proporcionaron explicaciones hiperracionalistas en consonancia con las tendencias dominantes en el mundo científico (GARCÍA BALLESTEROS, 1992). Con este paso, la geografía se consolida como una disciplina científica que adopta una metodología procedente de las ciencias físicas, de base netamente cuantitativa, con la finalidad de formar geógrafos profesionales. En otras palabras, en la medida que la geografía evoluciona como ciencia aplicada retrocede en su concepción humanística (CAPEL, 1981: 367-394).

Coincidiendo con los momentos álgidos del impulso positivista, los excesos de las sacralizadas metodologías cuantitativas (cerradas) llevaron al convencimiento de la incapacidad de este nuevo enfoque para dar solución a muchos de los problemas sociales y ambientales planteados. En medio de un apasionado debate entre escuelas, se pone en evidencia como ciertos paradigmas, leyes, teorías y modelos elaborados en ese contexto científicista se revelaron insuficientes para comprender la importancia de la acción humana y menos aún para estudiar el comportamiento de los individuos, sus inquietudes y emociones. Se abre así una crisis en el pensamiento geográfico y un debate epistemológico convulso al concurrir dentro de la Geografía Humana diferentes enfoques como la geografía de la percepción, la geografía radical, la geografía behaviorista, la geografía del comportamiento, el estructuralismo, la fenomenología, el existencialismo, el materialismo dialéctico (en sus variadas formulaciones), la geografía de género, la geografía ecológica, la geografía altermundista, etc. que

propugnan praxis antidogmáticas favorables la mayoría de ellas a la aceptación de métodos y técnicas no cuantitativos y de impulsar el rescate de la identidad humanística de la Geografía que pusiera freno a la creciente tendencia hacia su deriva deshumanizadora (CAPEL, 1981: 403-447). En ese contexto surge la geografía humanística que se presenta como una crítica y una alternativa a lo que se consideraba la «*dictadura intelectual del enfoque cuantitativo en Geografía*» (SANGUIN, 1981: 561)

En este contexto de finales del siglo XX, se incrementan los contactos con otras ciencias sociales que se habían preocupado anteriormente por los problemas de la percepción y producción de imágenes, así como por la dimensión temporal de las formas de existencia humana. En ese nuevo escenario es donde aflora un cambio sustancial en la concepción del espacio, experimentándose una creciente aceptación del espacio relativo como espacio vivido por la gente común en el que toman diariamente sus decisiones y que difiere del espacio teórico que, en el campo de la geografía positivista, se había definido como matemático, físico e incluso socioeconómico. Este espacio del comportamiento responde a las percepciones de los individuos y a su mundo subjetivo que desde entonces es estudiado mediante la observación objetiva de la conducta, siguiendo la doctrina psicológica fundada por J. B. Watson, Dewey, Skinner y otros, conocida como conductismo o behaviorismo.

Con estas novedades muchos geógrafos orientaron su labor buscando otras fuentes metodológicas fuera del positivismo lógico para la puesta al día de la Geografía Humana/Geografía Cultural (SAUER, 1925).⁸ Surge así la denominada Geografía Humanística, en su intento de estudiar la intencionalidad de la acción antrópica para comprender el significado social del mundo vivido. Este nuevo enfoque centra buena parte de su quehacer en comprender los vínculos que se establecen entre los individuos y el medio material, expresados en las personas, lugares y paisajes (urbanos, agrícolas, industriales, turísticos y naturales), insistiendo en la construcción social de los mismos y teniendo en cuenta aspectos tan poco valorados hasta entonces como su carga emotiva, estética y simbólica a tono con la propia complejidad de la existencia humana, mucho más difícil de aprehender por los vigentes métodos y técnicas cuantitativas, que a menudo no contemplan significados, valores, metas e intenciones, sensaciones, recuerdos, tan presentes en las preocupaciones humanísticas.

En 1995, Milton Santos lo resumía de esta manera: «*A través de las cosas, de los objetos, es decir, de la configuración geográfica... hay que pasar de lo universal a lo particular, sin caer en el riesgo de una interpretación empiricista, yendo más allá de la cosa, del objeto, de la materialidad del espacio y, en suma, superar la dicotomía entre objetividad y subjetividad, máxime si añadimos algunos aspectos del existencialismo que permitan abarcar el ser y el existir*» (citado por GARCÍA, 1998: 16). Se trata, pues, de una nueva perspectiva que comprende la producción de la particularidad como realización de la existencia. La geografía humana ha recorrido, pues, un largo itinerario para reencontrarse de nuevo con sus esencias fundacionales y actualizar sus planteamientos. En esa trayectoria ha asimilado nuevos paradigmas que determinan el uso complementario de materiales creativos de diversas

⁸ Sauer fue muy crítico con el determinismo geográfico (teoría predominante en la Geografía estadounidense de las décadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial). Propuso en su lugar un paradigma diferente denominado "morfología del paisaje", más tarde conocido como "geografía cultural".

procedencias disciplinarias para confeccionar trabajos científicos, artículos divulgativos o impartir clases como ya preconizaran grandes educadores como María Montessori, Rudolf Steiner, Célestin Freinet, Ovide Decroly o Giner de Los Ríos. Los geógrafos autodenominados humanistas utilizan hoy en día la Literatura y otros elementos culturales y artísticos (música, pintura o cine) como fuente de información para el estudio, comprensión y docencia de la realidad territorial (CARRERAS, 1998: 163). Otras disciplinas humanísticas como la Filosofía también hacen lo propio.⁹ El empleo de citas literarias para encabezar un artículo o un capítulo de libro, aderezar una explicación docente, realizar descripciones de un paisaje o de un lugar concreto es una práctica ya consolidada. Igualmente, abundan los análisis de textos literarios como germen de información sobre lugares o situaciones de tiempos pasados, próximas o alejadas en el espacio, o sobre elementos de interpretación de la dinámica social actual.

Para nuestra fortuna, la literatura española de todos los tiempos nos brinda magníficos ejemplos de descripciones reales o imaginadas de lugares, paisajes, procesos sociales, conflictos y situaciones que encajan perfectamente dentro de las preocupaciones disciplinarias. Son frecuentes las geografías literarias que nos enseñan a mirar, conocer y amar el paisaje en todas sus variantes. Las geografías poéticas o literarias muestran a los geógrafos lo limitado que es conocer, estudiar e interpretar un paisaje urbano o agrario empleando solamente un lenguaje de estadísticas, una lectura de trazos y líneas o como expresión ajustada a un patrón teórico ya preconcebido. Además de todo ello, que sin duda también es importante, se pretende ir un poco más lejos para conocer, interpretar y hablar de los paisajes urbanos y rurales que construye el narrador o el poeta con toda la riqueza del lenguaje que le presta intensidad, ritmo, ternura, emoción, color, pasión, dolor...siguiendo al zorro parlante ideado por SAINT-EXUPÉRY (1900-1944) cuando en *Le Petit Prince* (1943: 84) se despide diciendo aquello de «*Sólo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos*». Y es que el paisaje del positivismo lógico se nos quedó un tanto vacío, sin alma y necesitado de emociones y calidez humana en la medida que ayude al hombre de hoy a entender e interpretar el mundo en el que vive.

Una vez enmarcado el estudio de estos aspectos concretos, examinamos algunas de las composiciones poéticas de Natera como mensajes experienciales de relación vehicular con espacios físicos reales o simbólicos, aplicando la técnica del análisis de contenido cultural y emocional destinado a estudiar evocaciones (textuales) líricas de diferentes lugares de las Islas.¹⁰

9 «Para explorar los distintos modos de significación de la vida, el lenguaje filosófico, que quiere ser muy claro, no es suficiente. Hay un pensamiento sutil, como decía Pascal. No hay solamente un pensamiento matemático capaz de explorar las distintas formas de significado. Para hablar como un filósofo hay que leer literatura, escuchar música, porque hay otras formas de expresar las cosas. El discurso del filósofo cojea un poco, debo decirlo, sin esa referencia a la literatura. En ella se da una riqueza, una densidad de pensamiento que falta completamente en otros textos. Yo intento navegar entre los unos y otros porque creo que es necesario» (entrevista de F. Arroyo a Taylor: «Cita usted a Camus. Es un rasgo de su obra utilizar tanto textos literarios como filosóficos», *El País*, 11 de agosto de 2015).

10 Nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1950 y falleció en 2013. Buena parte de su infancia discurre en Telde, a cuyo litoral se siente especialmente vinculado. Ejerció como catedrático de francés en el Centro de Enseñanza de Adultos (CEAD) de Las Palmas de Gran Canaria. Dirigió la revista *Centro* y publicó ensayos literarios sobre diversos autores. Entre sus publicaciones se encuentran libros de poesía como: *Llenaré de lumas tu equipaje*, *Únicamente el alba*, *Conversaciones con mi hijo*, *Memoria del Dolor*, *Puerto de silencio* (Premio de Poesía «San Lesmes» del Ayuntamiento de Burgos, 1993), *Agrimensores de la bruma* (Premio de Poesía «Tomás Morales 1993»), *Las Horas del ángel* (Accésit del Premio de Poesía

4. POESÍA Y GEOGRAFÍA EN NATERA

La cotidianidad banaliza nuestra relación con el medio natural en el que vivimos. Valoramos las cosas sobre todo cuando nos faltan. Cuesta apreciarlo, pero nuestro mundo, grande o pequeño, es pródigo en lugares fascinantes e irrepetibles. Si somos capaces de mirar con objetividad podemos apreciar como la ecúmene humana dispone de un planeta acogedor y, posiblemente, del medio físico hospitalario más deseable del universo. Es un gran obsequio que nos hace la naturaleza cuando nacemos. En la cultura animista existe una norma imperativa: nadie puede recibir ni aceptar nada sin ofrecer algo a cambio: «hay que ser amigo para el amigo y dar regalo por regalo» (MAUSS, 1925:42). Se trata de una ancestral tradición centrada en la cultura del agradecimiento y la reciprocidad. Una regla similar debiera instaurarse en todos los niveles de nuestra existencia como usufructuarios de un Planeta que transitoriamente habitamos.

El espacio vivido, el que recorremos cotidianamente, puede convertirse sin demasiado esfuerzo en un laboratorio de aprendizaje, de creatividad y empatía para observarlo, comprenderlo, disfrutarlo y amarlo. Tan sólo con educar un poco la mirada se puede encender en nuestro interior esas sensaciones. Hacer que la capacidad de asombro aflore cuando descubrimos cualquier rincón de la tierra es sacar algo de debajo de la sombra (o sea, exponerlo a la luz) para liberar de forma rápida, fugaz y espontánea las adormecidas emociones humanas (L'ECUYER, 2013).

Somos afortunados porque estamos rodeados de un mundo fascinante, de cosas maravillosas y de gente excepcional. Pero nuestra capacidad de sorpresa se enriquece de manera inagotable y continuamente cuando con la exploración, la observación y la experimentación la ensanchamos. Pero en cambio, actuamos desacertadamente cuando renunciamos a dejarnos maravillar por la naturaleza y sorprendernos con ella (CARSON, 2012).

Se atribuye a Proust (1871-1922) la frase repetidamente citada de: «el verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en mirar con nuevos ojos».¹¹ Nos propone redescubrir nuevos paisajes que es lo mismo que mirar más allá de lo evidente, introspectivamente, como clave del pensamiento crítico y del desarrollo personal; es como dar respuesta a la pregunta ¿qué es lo que vemos cuando miramos?; o, en otras palabras: ¿qué es lo que miramos cuando vemos? Es obvio que la solución no es sencilla pues está en función de lo que cada uno de nosotros estemos buscando y, en la búsqueda de respuestas satisfactorias, nuestra visión puede resultar importante, pero nuestra interpretación es decisiva. La visión, la percepción y hasta la interpretación que tenemos del mundo en que vivimos es personal y subjetiva, pero a la vez, es igualmente real y absoluta para cada uno de nosotros. Miramos, pensamos, sentimos, actuamos...nos conectamos a través de nuestras diferentes visiones y lenguajes. Queremos hablar, transmitir, traspasar y trascender, pero, sin duda, el arte es una de las mejores herramientas que tenemos al alcance para posibilitarlo.

«Ciudad de Las Palmas 1996»). Cuenta con varios poemarios póstumos entre los que destacan: *El lugar del náufrago* (2013), *En el envés del Dios y Canario Cántico* (2013).

¹¹ Al parecer la cita proviene de una versión popular («La verdadera felicidad no consiste en encontrar nuevas tierras, sino en ver con otros ojos») cuyo texto original correspondería a «Le seul véritable voyage, le seul bain de Jouvence, ce ne serait pas d'aller vers de nouveaux paysages, mais d'avoir d'autres yeux, de voir l'univers avec les yeux d'un autre, de cent autres, de voir les cent univers que chacun d'eux voit, que chacun d'eux est».

Sin embargo, el rumbo que adoptan las cosas y los hechos en esta confusa modernidad en que nos movemos nos sobreexpone demasiado a estímulos vacíos, rutinarios y, en ocasiones, hasta delirantes. Es evidente que parte de la población no está suficientemente atenta de lo que sucede a su alrededor y, por lo tanto, se pierde muchas de las cosas seductoras y fascinantes que acontecen en su medio geográfico más próximo. La inmersión automática o rutinaria en la realidad a veces genera confusión y distanciamiento. Como consecuencia de ello deviene la rutina, la indiferencia, la anomia, el nihilismo, la distopía o la banalización de los lugares que son, en suma, manifestaciones llamémoslas «patológicas» que sin querer (o aun conscientemente) terminan afectando a la conducta humana, definidas como *la malade toponégligent*. Dice ESTÉVANEZ (1982: 23-24) que «Entre la topofilia y la topofobia se manifiesta con más frecuencia la toponégligencia, tendencia a perder el sentido del lugar...» Y añade que «... lo que explica... las raíces de la crisis ecológica actual. La tendencia hacia el *no lugar* o *sin lugar*, supone... un corte en las raíces del hombre con el medio lo que produce una *erosión en los símbolos* y una sustitución de la diversidad por la uniformidad y del orden vivencial por el orden conceptual, abstracto e impersonal». Con lo cual se allana el camino a que se extienda la creencia de que el comportamiento humano puede estar por encima de las leyes naturales y que la naturaleza depende de los humanos con lo que se quiebra el principio de que el Universo se rige según un conjunto de leyes precisas y lógicas que son las que determinan el funcionamiento de los fenómenos naturales.

Razones todas ellas suficiente para que en la enseñanza de la Geografía se tenga como fundamento elemental la necesidad del desarrollo de los sentidos como las mejores vías posibles para educar el comportamiento y abrirnos la mente a la inmensidad del Universo. Pero los sentidos precisan de estímulos internos y externos para ser activados y conseguir transformar las cosas rutinarias en extraordinarias y sobre todo si tratamos de alcanzar un estado anímico que nos invite a emocionarnos contemplando las maravillas que nos rodean. Es de ahí de donde proviene la vieja trilogía de conocer, amar y conservar.

Y llegado a este punto es cuando interviene el arte, la literatura, la poesía. Todos hemos leído en sesudos pensadores que la poesía es una de las múltiples maneras de captar el alma humana y, sobre todo, el espacio físico exterior y el tiempo interior. Con la experiencia propia y aprendida, ha quedado claro que toda poesía refleja un itinerario vital, y también un mundo, el de fuera que se nos mete dentro, o despierta el que en nosotros habita. Y es así como vamos desarrollando, con más o menos lirismo, en el viaje de la vida una geografía interior y exterior que es, a su vez, una geografía emocional que está pendiente, explícita o latente en los distintos momentos de nuestra existencia; en las luces y las sombras de la vida misma. Una geografía interior y exterior, de fronteras difuminadas, reflejada unas veces en el paisaje, en la épica de sucesos irrepetibles o en la figura del héroe que recorre territorios redimidos o que ofrece a través de ella al lector un viaje en cuyas estaciones, gestas y etapas encontramos dentro de los poemarios y poemas que habitan ese mundo imaginario o universo poético.

Todas esas cosas suceden en la geografía poética que nos ofrece Luis Natera, prematuramente fallecido en su mejor etapa creativa, cuya obra es un precipitado de pura pasión autobiográfica y hechizo hacia un paisaje vital, aunque formalmente evoque distancia, control, medida y equilibrio. Sus poemas resuenan como sonidos que configuran ritmos e imágenes ilustrados con palabras, que imponen

el uso libre de la razón y de la pasión enlazando con las tradiciones del más puro humanismo.

Los versos que hemos seleccionado como ejemplo de estudio suponen un regreso al origen, una inmersión en el paisaje insular viviéndolo, poseyéndolo y haciéndolo suyo. Desde esa perspectiva sugiere una nueva identidad insular basada en la apertura del lenguaje poético a todas las especies emocionales, consciente de que la condición de poeta está reservada sólo a quienes nombran y representan la belleza (PÁEZ, 2013). Y es que la condición insular, al empequeñecer la cosmovisión del artista, solo puede superar la percepción de mezquindad de la existencia mediante el anhelo de unirse a la idea trascendental de la Naturaleza para engrandecerse, para redimirse o para buscar un asidero en tierra firme (BALBUENA PRAT, 1937). En cualquier caso, nos queda claro que la dialéctica entre pasión y paisaje viene conformada en los versos de Natera por lugares perdidos, sitios soñados, utopías deseadas (San Borondón); fronteras imaginarias; viajes nostálgicos a la infancia, lugares encontrados, sean éstos islas o espacios recobrados como la playa fotogénica de Salinetas, o ciudades luminosas, llenas de simbolismo autobiográfico, como Telde y Las Palmas de Gran Canaria (LEÓN BARRETO, 2013).

La poesía es la apuesta artística por definición y, por lo tanto, la manifestación literaria más arriesgada de todas las artes (BAQUERO, 2007). En manos del poeta la geografía se convierte en arte, un arte que pretende ofrecernos una mirada más sentida, una segunda vida o una vida más intensa que no habla de lo que tenemos sino de lo que nos falta (Flaubert, 1959). El arte como memoria, evocación y visión nos da una nueva dimensión del espacio vivido en donde se encuentran acunados sentimiento y realidad que son materiales básicos que construyen y ensanchan el conocimiento humano.

Canario Cántico es un poemario de altura de miras alejado del neovianismo de estrofas idílicas rotundas y ahí radica su exclusividad. Natera, según refiere JESÚS PÁEZ MARTÍN (2013), describe de forma personal la realidad de las islas «...consciente del trascendente reto, acepta esa responsabilidad con un estilo culto y una armonía difícil, a través de una mirada serena, profunda y melancólica sobre lugares y emociones no atenuadas (...). Desde esa consideración, homenaja al sentimiento insular mediante un lirismo contenido y pulido de sus paisajes (...), se nos manifiesta sencillo, directo, claro, evidente, emotivo, buscando comunicar el sentimiento de los microcosmos insulares, de las maguas sutiles, de los mestizajes emocionales, de la reacción que experimenta el insular ante la inmensidad del mar, del reencuentro con las vivencias infantiles en la playa o callejeando por Las Palmas de Gran Canaria y Telde» (LEÓN BARRETO, 2012). Se esfuerza en transferir emocionalmente aquellas cosas que las palabras son incapaces de hacer por sí mismas en todos los ámbitos, incluida la búsqueda en la tradición y la historia de la auténtica y profunda canariedad. Aunque, a veces, estos escritos pueden parecer un lamento por la pérdida de algo que pasó delante de nuestros ojos y que nunca llegamos a poseer del todo. El poeta grancanario, al versar la paz poética de estos lugares, maneja emociones y palabras en el cultivo de la identidad atlántica y archipelágica como ya hicieron en su día pero con otras coordenadas estéticas Viana, Cairasco, Zerolo, Tomás Morales o García Cabrera, recubriendo con lenguaje lírico su acendrado amor a la tierra y al terruño, y dando testimonio de su identificación incondicional a una patria y un paisaje que nos distingue, singulariza y diferencia (PÁEZ, 2013).

Canario Cántico es en suma una obra fértil, original e innovadora por su madurez intelectual; un emocionario en palabras de MONTIANO PLACERES (1935), pero también y, sobre todo, un aliado estratégico de todo docente que desee enseñar de forma decente nuestra geografía. Existen muchos argumentos a favor de este razonamiento, pero nos centraremos especialmente en los expuestos por PILLET (2015) cuando destaca que en *El Quijote* el paisaje de la Mancha no se describe, sino se hace sentir. Y es eso de lo que aquí y ahora se trata: aunar un conocimiento geográfico que sea ante todo sentido y razonado.

4.1. Salinetas

Salinetas, conocida playa del litoral teldense, situada al noreste de Gran Canaria, se nos presenta bajo la mirada del poeta como la playa perfecta, una combinación impecable de cielo azul; mar y horizonte abierto, arena y brisa refrescante; un escenario elevado a la categoría de simbólico, extrapolable a cualquier playa del Archipiélago¹² en la que desde antaño las familias isleñas solían regocijarse manteniendo una sosegante relación con el mar, bien por proximidad o bien por la frecuencia de uso en días señalados del año y no tan limitada como ahora al estío vacacional, los fines de semana o los días feriados con sus respectivos puentes.



Lo mismo que los ojos y las manos
forman parte del cuerpo y van con él,
lo mismo que el pintor usa pincel
y proyectan sus sombras los humanos

en el largo camino del temblor,
lo mismo -digo- que la noche es fría,
es oscura esta arena y es tan mía
como los arrebatos del amor.

Esta playa posee mi propia luna,
cada ola es mi vida y cada tarde
cobijo de mi piel y mi fortuna.

Y así ha de ser, sin que haga de ello alarde,
porque es para el bebé siempre la cuna
y para el hombre entero el mar que arde.

Figura 1. Playa de Salinetas en el municipio de Telde (teldeactualidad.com)

En este caso, el poeta evoca con sentidas palabras sus particulares vivencias en la arena atlántica de esta playa de grano negro y de oleaje en ocasiones furioso como un singular microespacio vital donde transcurre su infancia y afloraron sus primeras emociones. En el poema se manifiesta un ilimitado amor por el

¹² De la misma manera que Zerolo (1854-1923) en «La cueva del Rey Bencomo» canta a la paz poética de estos lugares empleando expresiones como *inmensidades de Natura, rumoroso mar de Atlante, del rumor en las playas de las olas, que dan soledad, placidez, dulzura y calma* (ALONSO, 1991:153-158).

mar y la playa tan intensos y arrebatados (aunque sin alardear por ello) que legitima al poeta para integrarlos metafóricamente en su particular patrimonio de sensaciones.

Pero el auténtico amor tiene que ver más con el verbo pertenecer que con el verbo poseer. El sentido de pertenencia a un terruño es más rico y perfecto que la simple posesión. En este caso es la playa la que posee al poeta y eso queda patente en su fascinación; su inmersión en sus elementos (playa, oleaje, mar...) es tan completa que llega a considerarlos subliminalmente parte de su ser y esa íntima comunión la equipara a un placer fulminante o arrebatado amoroso que recuerda mucho a los románticos. Nos brinda así una muestra de encarnación (la playa como *cobijo de mi piel*) con la madre naturaleza en compensación a la pequeñez existencial que impone la condición insular (BALBUENA, 1937).



Figura 2. Placa de reconocimiento al poeta Luis Natera. Fuente: <http://blogdeleonbarreto.blogspot.com.es>

La manifestación concluyente de tales impulsos, poco acompasados por otra parte, en el enfoque de la geografía de la percepción, supone en este caso concreto un claro ejemplo de topofilia en donde la empatía emocional que emerge entre el espacio físico y el usuario que lo habita, mantiene una estrecha y tensa vinculación ontológica, causa y consecuencia de aliento al regocijo, la seguridad y el equilibrio personal interior como refuerzo del mundo íntimo y de ensanchamiento de la individualidad.¹³

4.2. Telde

Decía el ilustrado Chil y Naranjo (1831-1901) en un arrebatado chovinista que Telde tiene el mejor clima del mundo.¹⁴ Mirándolo bien la *boutade* del sabio darwinista no estaba desencaminada, máxime teniendo en cuenta el espléndido ambiente que a menudo reina en esta vieja ciudad bajo un mismo sol veraniego que

¹³ NATERA, 2013.

¹⁴ CHIL Y NARANJO (1876-1899).

ilumina sin llegar a deslumbrar. Esa misma luz, melancólica y a la vez saturada de secretos, es como el corazón de una isla que se retrata en estas estrofas.

Hay cuatro puertas abiertas
para entrar
y una acequia de plata
reluciente.

No sé de qué estrecheces
se quejaban
los que embarcaron
en el mar tenebroso
si aquí todo es abierto:
desde la araucaria grande
del patio de las monjas
hasta el sol de agosto
sobre la alameda.

No sé quién desconoce
los vigilantes ojos de tu
puente,
la mar pequeña
que juega
en tus orillas
o las cuatro esquinas
que frecuentaron los poetas.



Figuras 3 y 4. Cueva aborigen de Cuatro Puertas en Telde (FLICKR Cabildo de Gran Canaria) y Puente de los Siete Ojos en Telde (FEDAC)

Nuestro poeta identifica la ciudad de Telde como un lugar radiante, acogedor y accesible por sus puentes vigilantes; abierto por sus diferentes costas bajas (Mar Pequeña, Tufia, Gando) y desembarcaderos que dan a un océano caprichoso que impone respeto al mismo tiempo que seduce a bañistas, navegantes, residentes y pescadores. Pero su poema nos recuerda, además, que vivimos en el tiempo y por eso dialoga con todos los elementos que fueron testigos del pasado o que sobreviven con obsesiva presencia (meta)física en el imaginario colectivo. Es el caso de los primitivos aborígenes que residieron en las viejas grutas de «Cuatro Puertas»¹⁵. Todavía hoy circulan historias que hablan de los antiguos canarios que habitan las cuevas en donde se escondieron y guardaron sus tesoros. Se dice que desde entonces no salen más que en las noches de luna llena mientras entonan tristes canciones. Y cuando lo hacen, sus cuerpos encantados desprenden una luz que deslumbra.

Hay en Telde además mansiones y palacios que fueron edificados por acaudalados indianos que regresaron de América con fortuna suficiente en cuyos jardines se plantaron grandes araucarias sin frutos que simbolizan el ascenso social conquistado a fuerza de penalidades en ultramar; son más o menos los mismos

15 "cuatro esquinas" versus "Cuatro Puertas". ¿Oposición ciudad/campo; presente/pasado o tal vez licencia metafórica?

personajes que ataviados de distinguido traje de seda cruda y con el jipijapa de alto precio lucían ostentosamente sobre el abdomen la rutilante leontina de oro, y más o menos los mismos que solían, además, hacer generosas donaciones y obras de beneficencia para inmortalizar su memoria.

En estas tierras bajas de vientos constantes y lluvias huidizas también asoma la sequedad y la aspereza de unos suelos que suplican a las acequias y cantoneras caudales para irrigarse dando al paisaje la sensación de oasis gracias a la red de surcos, nerviaciones y arterias vivificadoras. También se invoca la quietud de la vida monacal y eclesiástica con su aura y sus sorprendentes sotanas, rezos, liturgias y rituales de vivos, casorios y muertos, campanas de penas y alegrías, olor a incienso, torres, iglesias, oratorios y parroquias omnipresentes en unas calles que dibujan laberínticos pasajes que llevan al lugar donde vivieron los poetas. Telde se nos presenta en esta semblanza rotunda como un lugar lento, resguardado, protegido, íntimo e idóneo para la siesta y la elucubración, un parnasillo inspirador que cuando no agobia a las musas aporta al tedio su indispensable falta de energía.

Hay, en suma, tanto que decir y tan poco tiempo para resumir en pocas palabras la grandeza de un cielo natal y un microespacio intensamente vivido; dotado de historias y personajes; de penumbras y paisajes complejos, evocadores e indescriptibles que albergan sin desconcierto y sin exhibicionismo una sorprendente multiplicidad de sensaciones.

4.3. Playa de isla

De nuevo el poeta nos remite a su escenario de la felicidad, a su nostálgico terruño, a las playas de Telde de sus primeros años de la infancia pero que puede muy bien ser cualquier otra playa del Archipiélago. El poeta empieza elevando el diapasón sensorial aunque expresándose con palabras contenidas. Transmite las emociones que siente al encontrarse en este acogedor tramo del litoral destinado al ocio y el esparcimiento de numerosas familias y visitantes que convierten el verano en tiempo de libertad y felicidad; un lugar costero «*donde cada ola es su vida y cada tarde cobijo de su piel y su fortuna*» (LEÓN BARRETO, 2013 y 2016). Su pertenencia a este rincón de la isla («costa sagrada») tan intensamente vivido le lleva a equiparlo nada menos que al bíblico jardín del Paraíso. Se trata evidentemente de una hipérbole reclamada por Natera para ensalzar su playa de isla por antonomasia como un lugar exclusivo, cálidamente confortable para los niños que juegan con los barcos soñando hacerse mayores, en donde las madres endulzan en sus saladas aguas las asperezas de los membrillos cosechados en septiembre y las familias comparten en amigables conversaciones esas mismas sensaciones con los demás bañistas, pescadores y curiosos bajo un sol temible y una brisa refrescante. Esta «tierra de las delicias patriarcales» es la geografía recuperada que se reduce a un pequeño espacio, pero grande en el sentimiento que entraña siempre el reencuentro con los recuerdos del paraíso perdido de la infancia.

Te digo yo que el sol
es menos que la luz
y que el beso es apenas
sombra de amores.

Te digo que en un hoyo
cabe el mar
y que no hay paraísos
salvo tú,
playa de isla
para el niño barquero,
agua salada
para bañistas de membrillo,
arena ardiente
para el cuerpo aterido,
costa sagrada
para náufragos.



Figura 5. Playa de Melenara (Telde) en 1960 (Foto Francisco Rojas, FEDAC)

Aquí el geógrafo atento advierte como Natera abre un paréntesis en su bien calculada sobriedad emocional y eleva el tono de su vital pertenencia a la playa como si de un poeta neorromántico se tratara para manifestar su plena identificación existencial y estética con dicho lugar (PAZ, 1989). En este sentido puede apreciarse como aventura un paso más sacralizando aquellas costas de sus primeros años de vida, calificándolas de lugares santificados y de espacios reservados a náufragos desheredados (metafóricamente, para perdedores y peatones de la historia que somos en puridad casi todos) en un ejemplo claro de topolatría, es decir, de amor apasionado, completamente desinteresado y desmedido hacia un lugar peculiar al que de forma subjetiva y con todo los merecimientos cree pertenecerle poéticamente hablando. Pero también, a su manera, medita de modo directo y personal sobre la propia vida («cuerpo aterido», «náufrago») reforzando el vivirla con la mayor lucidez y conciencia posible. Natera se posiciona a favor de la cotidianidad, del pequeño espacio como amparo y hogar; como lugar de la intimidad y de protección segura contra la intemperie física y metafísica y, por extensión, contra la ausencia de sentido a la vida. Esa actitud, sin duda plausible, se manifiesta en su llamamiento a admirar y valorar lo simple y llano; a reivindicar lo cotidiano, lo próximo, lo familiar (sol, luz, arena, mar, agua salada, brisa fresca, costa) que son fenómenos naturales inamovibles en un mundo acelerado, con una sociedad perecedera donde todo caduca al instante y donde siempre se buscan recambios constantes a todo.

4.4. San Borondón existe

Natera vuelve otra vez a la situación peculiar del isleño, a ese pueblo de sufrientes peregrinos, de viajeros impertérritos incitados a la deriva, que sueña siempre con el retorno a su perdido paraíso en busca de un futuro incierto (NATERA y GARCÍA, 2012). El viaje como protagonista secular de su existencia, el nomadismo o la errancia, como ejes vertebradores de la vida. Para ello se inspira en la leyenda

medieval de la isla como cofre mítico asociando San Borondón al placer del viaje hacia a una quimera que deja de cobrar existencia cuando el desespero termina y el naufrago encuentra gozoso su idealizado pero seguro puerto en una esquina de su isla. Cuenta la leyenda que esta improbable y esquiva isla de San Borondón se encuentra al oeste de El Hierro y La Palma (las islas más occidentales de nuestro Archipiélago). El imaginario colectivo cree haberla visto alguna vez entre la bruma en sitios imposibles de alcanzar, a pesar de saber exactamente donde se encuentra. Según los expertos, la isla Aprositus, Encubierta o Non Trubada, es una acumulación de nubes, un espejismo, el efecto de una refracción de la luz solar entre La Palma y El Hierro (LEÓN BARRETO, 2011).

Esta mítica y misteriosa isla, de la cual se tiene noticia desde tiempos inmemoriales, ha sido uno de los grandes misterios de la navegación dados los innumerables testimonios que dan razón de ella. Se han hecho expediciones oficiales para encontrarla e incluso su nombre aparece formando parte de rijosos tratados internacionales (POGGIO y REGUEIRA, 2009) y hasta fue fotografiada en 1958 por el palmero Rodríguez Quintero (BENITO RUANO, 1982: 157).

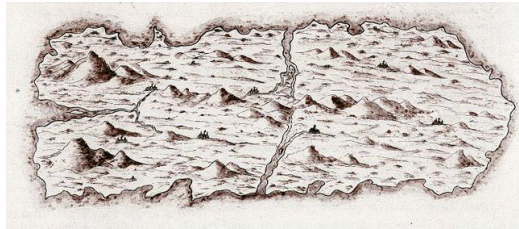
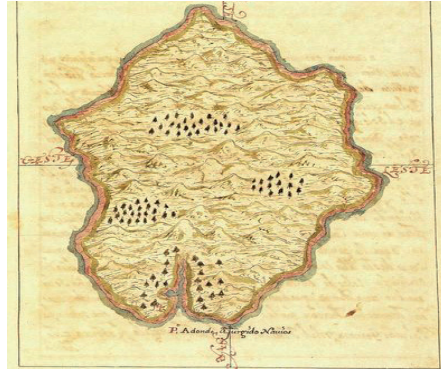
Si amontonáramos el número de escritos que hablan de San Borondón seguro que Canarias en vez de siete tendría ocho islas. Dicen que la culpa la tienen los delirantes cartógrafos medievales que se creyeron las leyendas clásicas y célticas al situar la «Non Truvada» en esta parte del Océano Atlántico. Por paradójico que parezca, la existencia de San Borondón proviene de su misma inexistencia (MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, 1991, 1996, 2002). Natera la define como un *no lugar*, pero no en el sentido que le da MARC AUGER (2009) a esta expresión, sino como un regreso recurrente del mito. En los tratados firmados por los monarcas ibéricos aparece la disputada isla de San Borondón incluida en el archipiélago canario y hasta el propio Torriani describe a finales del XVI sus dimensiones y localización exacta.

Probablemente San Borondón es el espacio más poético de todos los lugares conocidos de la Tierra. Presenta, sin embargo, algunos inconvenientes: desconocemos si en esta isla hace frío, si llueve o cuál es la dirección de los vientos dominantes y si está o no habitada. No obstante, tiene el mérito de ser el reino de la imaginación que la convierte en la isla de la esperanza por excelencia. Esta isla misteriosa, enigmática y fantasmagórica es, sin duda, producto de una leyenda que está hondamente arraigada en el imaginario colectivo del pueblo insular, tanto que se ha adherido a su historia como se ha prodigado en topónimos que dan nombres a calles, plazas, lugares, empresas y sociedades de todo tipo. Explicar racionalmente este misterio es imposible, porque el mito es muy poderoso y los humanos necesitamos alimentar nuestros deseos y frustraciones con mitos. Tal vez se deba a que España, en gran parte, es un pueblo de naufragos que necesita a cada momento de inventarse islas donde encontrar refugio.

Se suele decir que, cuando nuestras islas eran vistas en el horizonte, ofrecían forma de montaña flotando entre las nubes: «Vista desde lejos, la isla es una montaña, vivimos en una montaña, eso se siente» (DÍAZ-BERTRANA, 2000). Por alguna razón no desvelada los antiguos navegantes acunaron la descabellada idea de que los aborígenes canarios vivían felices y ensimismados sobre o entre montañas mágicas, amorosas y protectoras. A través de esa nebulosa se abre y consolida el mito de una isla utópica que aparece y desaparece, y que el binomio necesidad-credulidad lo ha hecho posible porque, como dijo León Felipe: «la cuna del hombre la mecen los cuentos».

No es el puerto
sino el deseo del puerto
lo que hace al náufrago,
lo que lo devuelve al cabo
con cansancio verdadero
al sur de siempre.
Son sus ojos el motor de la luz,
sus brazos la osadía,
las innumerables islas
que jalonan el viento
son su música y su casa,
pero no empieza el no lugar a ser
hasta que vuelve.

Sólo entonces entiende
que San Borondón existe.



Figuras 5 y 6. Mapas de la Isla de San Borondón de Pedro Agustín del Castillo (1721) y Leonardo Torriani (1592)

4.5. Las Palmas de Gran Canaria

Con las nuevas tecnologías elaborar una geografía completa de cualquier espacio urbano es un juego de niños con sólo cuantificar y cruzar variables estadísticas. Gracias a estas herramientas tan sofisticadas se podría conocer hasta el número de adoquines que tapizan sus calles, pero en cambio nunca conseguiríamos medir la felicidad de sus habitantes o el número de veces que se saludan cuando se cruzan en los zaguanes y en las aceras de sus calles. Podríamos obtener una imagen tan perfecta de cualquier ciudad como cualquier máquina sofisticada pero así y todo tendría un defecto: parecería deshabitada y carente de alma (HERRERA PIQUÉ, 1978; 1980; 1997; 2000 y 2005; MARTÍN, 1984).

Natera como poeta de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria (NATERA y GARCÍA, 2012) da vida a su esencia cosmopolita y atlántica recogiendo en sus registros líricos las vibraciones de su mar, de su tierra y de su ciudad. La pujante ciudad de Las Palmas de Gran Canaria junto al mar como fiel acompañante aparece en el poema seleccionado con elegante sobriedad y refleja la sensación del que la siente suya y la ve como un camino en el transcurrir de la vida, del haber nacido y del paso hacia la historia y a través de la historia hacia lo eterno e inolvidable (SAVATER, 2002).

El poeta hace una recreación del tiempo perdido de la infancia insular al presentarnos una ciudad aun predesarrollista, autárquica y nostálgicamente «rerruralizada» donde la proverbial pachorra del «cristiano» de antaño nada tiene que ver con el febril dinamismo de la sociedad de hoy en día (HERRERA PIQUÉ, 1978; MARTÍN GALÁN, 1984). Nuestra capital es aquí calificada de urbe inacabada y de ambiente desestacionalizado bajo la sempiterna panza de burro, pixelada por los alisios, la maresía y el inevitable e incómodo siroco polvoriento que nos recuerda de vez en cuando la cercanía del tórrido Sahara; pero también como ciudad abierta, acogedora, mestiza, impersonal, sin influencias claras del transcurrir del tiempo y de sonrisa indescifrable entre los báquico y lo apolíneo. Nos recuerda con tono lento y nostálgico que aquí fue bautizado el poeta y refiere igualmente sus primeras vivencias infantiles correteando entre alborotadas jaulas de pájaros y palomas y de bulliciosos juegos en las azoteas.



Esta ciudad sin hacer
es mi doncella.
La amo como a un perfil sin rostro.
Las estaciones emigraron de su cuerpo
y maquillaron con polvo su sonrisa
de hembra desaliñada
que sangra en la ladera.

Volverán los otoños
a coronar de pámpanos su pelo
y los suaves inviernos
a acariciar su talle.
Esta doncella me dio nombre
cuando di de beber
agua a los pájaros
y alboroté las azoteas.
Me congratula ser nadie a su sombra,
verano en sus caderas,
primavera en sus ojos.

Esta ciudad es un deseo
que mira siempre al mar.

Figura 7. Catedral de Santa Ana y barrio de Vegueta en Las Palmas de Gran Canaria con el océano Atlántico al fondo (Foto: <http://www.xn-españadeturismo-tnb.es/>)

Sin embargo, el poeta, frente a la atrofia de la imaginación utópica, profetiza enigmáticamente el regreso de las estaciones y tal vez invoque inútilmente una vuelta a casa de los antiguos palmerales que lo dieron todo, hasta su propio nombre, a la capital de la isla. Al invocar el paisaje de los riscos, su anonimato mimetizado en la sombra de los veranos y la llegada de unas primaveras que traerán anhelos de aquellas forestas cantadas por Cairasco (hoy perdidas irreversiblemente bajo el artificio de sus construcciones) y que dejarán a los jubilados sin poder contemplar sus ocasos en la otoñal caída de las hojas. Finalmente se regocija de encontrar allí un espacio ideal perdido en el Atlántico para pasar desapercibido, recorrer sus rincones más recónditos y celebrar la gloria de vivir. Las numerosas torres

domésticas que se erigen por doquier evocan deseos esperanzados de sueños viajeros e inciertas aventuras, contemplando el fiel Océano como si fuera una gran calle mayor por donde se entra y se sale de la placenta insular.

En la lejanía resulta difícil encontrar una descripción más certera y emotiva de la capital grancanaria. Lo que no es óbice para que formulemos la consabida pregunta retórica: ¿qué tienen en común la evocación del poema con la realidad de hoy? Tal vez poco o nada, y sin embargo no podemos evitar que aflore al ver la ciudad del siglo XXI un sentimiento de familiaridad nada espectral como si fueran imágenes distintas de aquel lugar perdido en el tiempo en que el poeta y los escritores la reconocieron como Las Palmas de Gran Canaria.

4.6. Isla / Islas

Desde el periplo de Odiseo la isla mítica no es lo que el navegante se encuentra al final del viaje, ni la esperanza del naufrago, sino una incitación a la deriva, a la exploración y la aventura. Pero la isla es también una tierra metageográfica, un ente carente de maldad, un territorio bienaventurado, atravesado mitológicamente por los ríos de la juventud y la muerte; un espacio de ensoñación en la zona más ultrasensible de la tierra (GRANELL, 1995; CASTRO, 2012). Es, recuperando una arcaica ensoñación, el espacio imaginario de la *peregrinatio* medieval donde se verifica el ritual del exilio y la purificación; el *cofre mítico* o lugar esencial del encuentro donde originariamente se produciría la revelación. No resulta, pues, descabellado suponer que estas cartas de navegación imaginarias inspirasen de alguna manera los poemas *Isla e Islas*.

El poeta aquí nos regala su palabra emocionada y su descripción visionaria de la Isla (de unas Islas), cargada de imágenes, sensaciones y símbolos. Escribe estos versos bajo un estado mental que le vuelve consciente de que hay algo que necesita ser dicho porque nadie lo ha hecho hasta ahora. Solo él urdirá unas palabras entrelazando de forma hermosa y perfectamente fundidos los elementos básicos que la poesía canaria de todos los tiempos contiene como es la belleza idílica del paisaje real que se expresa de una manera subjetiva a través de una voz elocuente y rotunda, a la vez que objetiva y sensible, con apasionado sentimiento de la naturaleza como se puede apreciar en estas dos cultas composiciones. Pero también nos ofrece, junto a su filial y conmovedora declaración de amor por las islas, un concepto eterno de isla-madre (matria), como ente perdurable, solitario y silencioso que sólo se deja acompañar por un sol luminoso, amable, acogiente, escoltado felizmente por mares, nubes y vientos benignos, propios de estas latitudes meridionales. Una isla funcional y por ello previsible como refugio seguro de naufragos, navegantes y aventureros, un espectro que va y viene, que se marcha y regresa y que se deja observar y te observa desde un no muy lejano mirador imaginario (NATERA y GARCÍA, 2012; DE LA NUEZ, 1986).

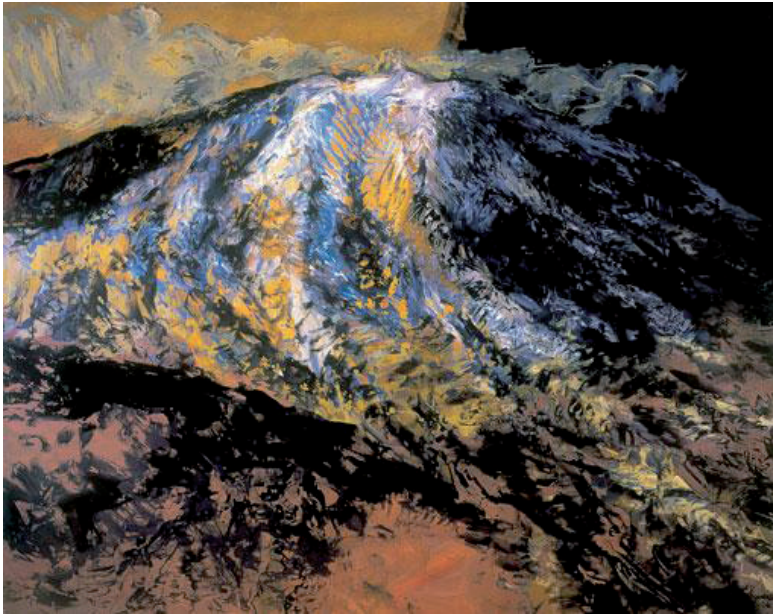


Figura 8. La Montaña (Pedro González) en Fernando Castro (P. González), Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1996.

Isla

Isla,
Cuna de luz labrada en soledades,
mañana de plenitud,
sombra de nanas,
sé que el sol que te abraza
es tu amigo del alma
y que el mar, como el aire, te proclaman,
aunque te falten brazos
para salvar el agua,
te falten puentes
desde donde mirarte
cuándo vuelvas.
Isla, de sueños destilados,
de cuevas y carámbanos,
hogar del dátil
y lecho de basalto,
te amaré desde dentro
como madre que acoge
y vela sus entrañas
aunque anhelo observante desde lejos
huir de tus espumas
y volver en la noche
cómo a lugar del naufrago.

Islas

De lo hondo se alzaron
como un grito
y hoy parecen lunares
sobre el azul extenso.
Miradores de viento
Y un espejismo al noroeste
que levita en el mar.
No se deben contar.
Sólo San Borondón
sabe del ser y no ser.
Sobreviven morenas
soleadas y abruptas
viendo pasar las nubes.

Silencio es su voz
escarmentada.

La isla, nuestras islas, son vistas como microespacios anclados fijamente en el océano, contemplando el paso del tiempo y contando las nubes que llegan a ellas arrastradas por los alisios. Sólo la quimérica San Borondón suspendida caprichosamente entre las nieblas se deja ver en contadas ocasiones para insinuarse y alimentar el mito de su eterna (in)existencia. Natera nos muestra una isla universal, una naturaleza trascendental, desubicada, omnipresente, para transmitir el sentimiento profundo de isla, de su isla, como territorio de la memoria, de la nostalgia, de los sueños y de la esperanza. Tal vez intenta que el lector reconozca la emotividad de una isla ecuménica no que la identifique como Tenerife o Gran Canaria o cualquier otra, deja abierta esa opción, lo importante para él es penetrar directamente en el corazón del receptor, hacer que la sienta desde el interior, desde sus cuevas, sus barrancos, sus sabrosos dátiles, sus rocas volcánicas o su variada orografía (PÁEZ, 2013). Con ello reivindica la importancia de lo cercano que equivale a lo íntimo, al paisaje, al paisanaje, a los recuerdos y a las cosas concretas que dan sentido a la vida. Nos encontramos, pues, ante «una poética que conjuga y mitifica a la vez metonimia, sinécdoque y metáfora para presentarnos conceptualmente este poderoso accidente geográfico como símbolo primario de la canariedad, para que en ningún momento nadie se olvide jamás que la isla es el fundamento de Canarias» (PÁEZ, 2013:8).

5. CONCLUSIONES

A pesar del carácter exploratorio de este trabajo el cual ha tocado los contactos más elementales entre literatura y geografía, consideramos que las aportaciones son en principio positivas a nivel metodológico y de contenidos. Esta labor de análisis de textos literarios apoya los pasos iniciales de una investigación geográfica basada en estos cuatro puntos: a) la geografía no se desvirtúa en sus fines y objetivos introduciendo en su discurso miradas provenientes de otras disciplinas; b) la geografía como ciencia plural se puede hacer e impartir utilizando muchas formas de expresión procedentes de la creación artística; c) encontramos aquí una herramienta metodológica útil que sirve para sugerir problemas con nuevas formas expresivas, y a partir de ellos, aproximarnos a hipótesis verificables; d) este método de trabajo genera un lenguaje emocional que facilita la empatía hacia el territorio y da aliento al desarrollo de una dimensión compresiva que puede determinar comportamientos vitales más sostenibles y e) la mezcla de imaginación y fantasía; de literatura y geografía, constituye un ingrediente imprescindible de la actividad científica.

La simbiosis entre sentir y describir complementa y da armonía a la explicación geográfica en el sentido que de la palabra daba el maestro Francis Bacon: «*A la naturaleza sólo se la domina obedeciéndola*». En el caso que nos ocupa, las viejas fronteras disciplinares acaban desdibujándose puesto que las ciencias caminan juntas hacia el establecimiento de vasos comunicantes que dialogan e intercambian metodologías, conocimientos y resultados con absoluta normalidad bajo la consciencia de que con ternura la diversidad enriquece.

Cada vez se agregan más voces preocupadas por recuperar prácticas docentes innovadoras; de partidarios de una enseñanza que acompañe al alumno en su proceso de aprendizaje, evolución y madurez emocional. Para ello introducen en las aulas el uso de textos literarios de Caballero Bonald, Pérez Galdós, Pardo

Bazán, Benedetti, Eduardo Mendoza, Borges, Clarín, etc. para ilustrar procesos de desarrollo urbano, industrial, cambios del paisaje, prácticas humanas o usos no productivos del territorio porque existen muchas miradas y muchas otras formas de expresar las cosas. Es así como se fomenta la lectura al tiempo que se superan viejos tópicos como aquél que achaca a los españoles su propensión a ver la naturaleza como algo cruel (BERGER, 1929). La educación, como todas las cosas de la vida, exige emociones porque en definitiva “Educar no consiste en llenar un vaso vacío, sino encender un fuego latente” (*Dào Dé Jing*, siglo IV a.C.).

Para el caso analizado sobre la poesía de Luis Natera y su relación con la descripción geográfica de lugares insulares, aunque la muestra empleada presenta limitaciones temáticas y cronológicas, nos ha permitido comprobar las afirmaciones precedentes, al establecer coincidencias entre imágenes colectivas y conocimientos geográficos y mostrarse capaz de generar nuevas ideas, lo que viene a corroborar que el análisis literario puede contribuir al conocimiento del territorio como forma de entender el universo a partir del espacio vivido y ahondar en su dimensión afectiva.

6. BIBLIOGRAFIA

- AA.VV. (2008): *Mitología. Mitos y leyendas del Mundo*, BBVA, Barcelona.
- AUGÉ, M. (2009): *Los no lugares: espacios del anonimato: antropología sobre modernidad*, Gedisa, Barcelona.
- BACHELARD, G. (1965): *La poética del espacio*, FCE, Méjico.
- BAILLY, A. S. (1979): *La percepción del espacio urbano*, IEAL, Madrid.
- BALBUENA PRAT, A. (1937): *Historia de la poesía canaria*, Tomo I, Seminario de Estudios Hispanos, Barcelona.
- BAQUERO, G. (2007): *Geografía literaria (1956-1996)*, Huerga y Fierro Editores, Madrid.
- BERGER, J. (1965): *Puerca tierra*, Alfaguara, Madrid.
- BUTTIMER, A. (1979): «Le temps, l'espace et le monde vecu», *L'Espace Géographique*, nº 4, Paris.
- CARRERAS, C. (1998): «El uso de textos literarios en geografía», en A. GARCÍA BALLESTEROS (coord.), *Métodos y técnicas cualitativas en geografía social*, Oikos-tau, Barcelona: 163-176.
- CARSON, R. (2012): *Sentido del asombro*, Encuentro, Madrid.
- CASTRO FLÓREZ, F. (2012): «..un être en vertige (Un archipiélago de notas en torno al agua y el refugio insular)», en J. ALLEN (coord.), *Islas virtuales*, CAAM, Las Palmas de Gran Canaria: 11-45.
- CHIL Y NARANJO, G. (1876-1879): *Estudios Históricos, Climáticos y Patológicos de las Islas Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria.
- CLAVAL, P. (1995): *La Géographie culturelle*, Nathan, Paris
- CORTINA, J. (2016): *Pasión y paisaje. Poesía reunida 1974-2016*, Ed. Vandalia, Fundación J.M. Lara, Sevilla.
- DE LA NUEZ CABALLERO, S. (1986): «Canarias en la literatura. Los mitos idílicos en el espacio geohistórico de la poesía canaria contemporánea», *VII Coloquio de Historia Canario Americana*, Casa de Colón, Las Palmas de Gran Canarias: 86-108.

- DÍAZ-BERTRANA, C. (2000): *La montaña de Pedro González* [Catálogo de exposición], Centro Atlántico de Arte Moderno, Las Palmas de Gran Canaria.
- DÍAZ-PLAJA, G. (1973): *Literatura y paisaje*, Aguilar, Madrid.
- EAGLETON, T. (2016): *Cómo leer literatura*, Península, Barcelona.
- ESTÉVANEZ ÁLVAREZ, J. (1982): «La Geografía Humanística», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* 2: 11-31.
- FELIPE, L. (1974): *Nueva Antología Rota*, Finisterre, México.
- FLAUBERT, G. (1959): *Tres cuentos*, Espasa Calpe, Madrid.
- FRÉMONT, A. (1976): *La région espace vécu*, P.U.F., Paris.
- FURLANI DE CIVIT, M. E.; GUTIÉRREZ DE MANCHÓN, M. J. (1990): «Aportación al acercamiento entre literatura y geografía. Imágenes regionales de Mendoza», *Revista de Geografía Norte Grande* 17: 67-74.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.) (1992): *Geografía y Humanismo*, Oikos Tau, Barcelona.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. et al. (coord.) (1998): *Métodos y técnicas cualitativas en geografía social*, Oikos-Tau, Barcelona.
- GRANELL, E. F. (1995): *Isla cofre mítico*, Editorial Libertarias, Madrid.
- HERRERA PIQUÉ, A. (1978): *La ciudad de las Palmas: noticia histórica de su urbanización*. Las Palmas de Gran Canaria, Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- HERRERA PIQUÉ, A. (1980): «Las Palmas de Gran Canaria vista por los viajeros extranjeros», *Actas del III coloquio de Historia Canario-Americana*, Vol. 2, Casa de Colón, Las Palmas de Gran Canaria: 147-218.
- HERRERA PIQUÉ, A. (1997): *Las Palmas de Gran Canaria: patrimonio histórico y cultural de una ciudad atlántica*, Rueda, Madrid.
- HERRERA PIQUÉ, A. (2000): «La ciudad real de Las Palmas, primera fundación de la Corona de Castilla en el Atlántico», *Actas del XIV Coloquio de historia Canario-Americana*, Casa de Colón, Las Palmas de Gran Canaria: 105-121.
- HERRERA PIQUÉ, A. (2005): *El nacimiento de una ciudad: escritos para celebrar su conmemoración (1966-2005)*, Fundación Canaria Mapfre Guanarteme, Las Palmas de Gran Canaria.
- HUMBOLDT, A. VON (1874-1875): *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, ed. de Giner y De Fuentes, 4 Tomos, Gaspar y Roig, Madrid.
- L'ECUYER, C. (2013): *Educación en el asombro*, Plataforma, Barcelona.
- LEÓN BARRETO, L. (2011): «Atlantismo y magia. Entre la Atlántida y San Borondón», <http://blogdeleonbarreto.blogspot.pt/2016/03/atlantismo-y-magia-entre-la-atlantida-y.html> [Consulta: 16-06-2017].
- LEÓN BARRETO, L. (2012): «El sentimiento del mar en tres textos de la narrativa canaria», <http://blogdeleonbarreto.blogspot.pt/2012/07/el-sentimiento-del-mar-en-tres-textos.html> [Consulta: 16-06-2017].
- LEÓN BARRETO, L. (2013): «Canario cántico, el testamento literario de Luis Natera», <http://blogdeleonbarreto.blogspot.pt/2013/06/canario-cantico-el-testamento-literario.html> [Consulta: 16-06-2017].
- LEÓN BARRETO, L. (2013): «Versos de Luis Natera en su playa preferida», <http://blogdeleonbarreto.blogspot.pt/2013/01/versos-de-luis-natera-en-su-playa.html> [Consulta: 16-06-2017].
- LEÓN BARRETO, L. (2013): «Luis Natera poeta del mar y los naufragios», <http://blogdeleonbarreto.blogspot.pt/2013/09/luis-natera-poeta-del-mar-y-los.html> [Consulta: 16-06-2017].

- LEÓN BARRETO, L. (2016): «Luis Natera y la poesía en la sociedad efímera» <http://blogdeleonbarreto.blogspot.pt/2016/02/la-poesia-de-luis-natera-en-la-sociedad.html> [Consulta: 16-06-2017].
- LEVY, B. (2006): «Geographie et Litterature. Une synthese historique», *Université de Genève. Le Globe*, 146: 25-52.
- LÉVY, B. (2006): «Geografía y literatura», en D. HIERNAUX y A. LINDON (eds.), *Tratado de Geografía Humana*, Anthropos, Madrid: 460-480.
- LÓPEZ TRIGAL, L. (2016): «Geografía y Literatura en el territorio leonés», *La crítica de León*, <http://www.lacriticadeleon.com/noticia/517/lorenzo-lopez-trigal/geografia-y-literatura-en-el-territorio-leones.html> [Consulta: 16-06-2017].
- LLAMAZARES, J. (1987): «Pasión y paisaje», *El País*, viernes 4 de diciembre de 1987.
- MACHADO ROMERO, S. (2012): «Prólogo», en L. NATERA y A. GARCÍA, *Náufrago, muerto*, Atlanta, Las Palmas de Gran Canaria.
- MARTÍN GALÁN, F. (1984): *La formación de Las Palmas, ciudad y puerto: cinco siglos de evolución*, Junta del Puerto de la Luz y Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1991): «Canarias en la antigüedad: mito y utopía», en VV. AA., *Historia de Canarias, Prehistoria S. xv*, Vol. 1, Prensa Ibérica, Valencia: 21-40.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1996): *La Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento*, Cabildo de Tenerife-CCPC, Santa Cruz de Tenerife.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (2002): «La semántica de San Borondón», *La Provincia-Diario de Las Palmas*, 22 de agosto de 2002: 32-33.
- MAUSS, M. (1925): «Essai sur le don: forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques», en *Sociologie et Anthropologie*, PUF, Collection Quadrige, Paris: 149-279.
- NATERA MAYOR, L.; GARCÍA GARCÍA, A. (2012): *Náufrago, muerto*, Atlanta, Las Palmas de Gran Canaria.
- NATERA MAYOR, L. (2013): *Canario cántico = Cantique canarien*, NACE ediciones, Las Palmas de Gran Canaria.
- ORTEGA CANTERO, N. (1987): *Geografía y Cultura*, Alianza Universitaria, Madrid.
- PÁEZ MARTÍN, J. (2009): «Prólogo», en L. NATERA, *Canario cántico = Cantique canarien*, NACE ediciones, Las Palmas de Gran Canaria.
- PAZ, O. (1989): «El romanticismo y la poesía contemporánea», *Las Nuevas Letras* 9: 4-15.
- PILLET CAPDEPÓN, F. (2015): «El Quijote y La Mancha: la evolución de la imagen literaria del paisaje rural», *Biblio 3W*, 1112, <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-1112.htm> [Consulta: 16-06-2017].
- POGGIO, M.; REGUEIRA, L. (2009): *La isla perdida. Memorias de San Borondón desde La Palma*, Asociación Cultural Cartas Diferentes, Breña Alta.
- PLACERES TORÓN, M. (1935): *El remanso de las horas*, Editorial Pablo Iglesias, Las Palmas de Gran Canaria.
- RIMBERT, S. (1973): *Les Paysages Urbains*, Armand Colin, Paris.
- RELPH, E. (1976): *Place and Placelessness*, Pion, London.
- SAINT-EXUPÉRY, A. (1943): *Le Petit Prince*, Gallimard, Paris.
- SANGUIN, A. L. (1981): «La géographie humaine ou la proche phénoménologique des lieux, des paysages et des espaces», *Annales de Géographie*, 501: 568-584.
- SAUER, C. O. (1962): «Cultural Geography», en *Encyclopedia of the Social Science*, vol. 6, Macmillan, New York: 621-623.

SAVATER, F. (2002): *La infancia recuperada*, Taurus, Madrid.

TUAN, Y.-F. (2007): *Topofilia. Un estudio sobre las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*, Melusina, Barcelona.

ZEROLO, A. (1991): «La cueva del rey Bencomo», en M^a R. ALONSO, *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*, Biblioteca de Autores Canarios, Madrid: 153-158.